



Las cenizas de la flor

Angel Crespo

Naturaleza y cultura

Cuando la primavera llega a la península escandinava y la nieve se resuelve en regatos que discurren hacia los arroyos para hacerles cantar y salpicar a las flores recién nacidas, ves por las calles y por los campos más caras sonrientes que de costumbre. Notas que estas gentes, habitualmente tímidas y un tanto circunspectas, tienen necesidad de hablarte y de que les hables. Un hombre robusto y entrecano, sonrosado de salud y alegría, no puede contenerse, te coge del brazo y te lleva ante un enorme castaño que perdió toda su fronda el otoño pasado. "¿Ha visto usted qué maravilla?", te dice, y apunta a las yemas, ya a punto de abrirse en los ramos. Sí: es una maravilla, y tú le estrechas la mano y no sabes cómo despedirte de él.

En Upsala, mis amigos compraban florecillas y diminutas mariposas moradas de esmalte y se adornaban las solapas, o las pecheras, con aquella primaveral bisutería. Carl Erik af Geijerstam, uno de los mejores poetas suecos de nuestro tiempo, me regaló una mariposilla y él mismo quiso prendérmela al gorro de piel de castor del que, a pesar de la relativa dulcificación del tiempo no me atrevía a prescindir. Carl Erik suele refugiarse con frecuencia —él dice que para meditar, pero yo sé que para escribir y corregir una y mil veces sus poemas en prosa y en verso— en una casita de madera que tiene en la mismísima orla de un bosque, no muy lejos de Upsala. Cuando vuelve a su piso de la ciudad del Fyris, sobre todo si es en invierno, no echa la llave de la cabaña. "Alguien puede tener necesidad de refugiarse en ella", me dijo una vez, y siguió conduciéndose de esta manera incluso después de que le hubieran robado un par de mantas de piel de reno. "No, los poemas me los llevo a Upsala. Y, además, ¿quién iba a querer quitármelos?".

Carl Erik, que sólo tiene dos o tres lustros más que yo, me ha enseñado mucho sobre los bosques, que, en su país, son incomparables por la abundancia y la variedad de la vegetación, por la gama casi infinita de sus silencios y sus ruidos, y porque la luz inventa en ellos una mágica variedad de ambientes, según las horas del día, los suaves accidentes del suelo y las alternativas de la espesura. Una vez me interné en el

que hay junto a su cabaña y, apenas transcurridos unos minutos, sentí, estentórea y desesperada, la voz de mi amigo, que me llamaba una y otra vez. Le respondí con gritos un tanto alarmados. Con voz ya más tranquila y acento autoritario, me gritó: "¡No te muevas, por el amor de Dios! ¡No des un paso más!". Y la alternación de nuestras voces, cada vez menos fuertes y alteradas, terminó por reunirnos bajo unos arces. Las explicaciones de Carl Erik me recordaron los cuentos de Perrault: aquel bosque era tan extenso que perderme en él habría resultado fatal. "Piensa", me dijo a manera de resumen, "que termina a unos trescientos kilómetros al Norte, y que su anchura no debe de ser mucho menor".

En adelante, Carl Erik, que sabía bien de mis amores nómadas, me acompañaba siempre que quería sumergirme en lo silvestre. Apagábamos ambos la pipa y enterrábamos las cenizas. De vez en cuando, nos volvíamos de espaldas para contemplar los árboles, las matas y los leves accidentes del terreno con el aspecto que nos mostrarían a la vuelta. Ni el canto de los pájaros, o sus sombras y rumores entre las ramas, ni el paso fugitivo y estruendoso de un alce nos distraían de esta salvadora ocupación.

En primavera, el bosque se llenó de rodales de unas gotas blancas y sutiles a las que allí dicen lirios del valle. No los cogíamos, pues sabíamos que, de hacerlo, privaríamos a la primavera siguiente de buena parte de aquellos graciosos huéspedes.

Un día, fui con unos amigos a una casa que habían alquilado en el campo para pasar los fines de semana.

La hierba húmeda sombreada por unos abetos estaba plagada de caracoles, de unos caracoles enormes que se veía que no eran silvestres, pues se trataba de ejemplares de una variedad cultivada de la suculenta especie a la que los gastrónomos franceses llaman gros gris. Los anteriores arrendatarios los habían criado en cautividad y los habían soltado al marcharse. Yo me llevé a mi apartamento de Upsala cuatro o cinco docenas, los metí en una caja de cartón agujereada y los dejé en un balcón para que se purgasen; pero, al día siguiente, ví que habían ablandado y roto su

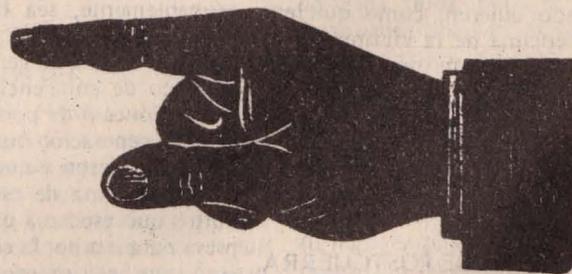
cárcel y huido al jardín del propietario de la finca. El buen hombre, que no sabía de dónde podían proceder aquellos pausados invasores —ni yo me atreví a decírselo— estaba consternado. "¿Qué cree usted que debo hacer? Matarlos sería una barbaridad —ison tan hermosos!—, pero estoy viendo que van a hacerme un destrozo en las plantas. "Semanas más tarde, le encontré radiante: me aseguró que los caracoles y el jardín prosperaban armónicamente.

Yo me sentí muy consolado por aquellas noticias porque, la noche anterior, me había soñado —gigantesco, con la cabeza entre las nubes— pisoteando los caracoles y destruyendo, al mismo tiempo, las plantas recién florecidas de los arriates.

No sólo en Suecia me ha admirado la manera como la mayor parte de la gente se comporta con la naturaleza, pues recuerdo que, en una ocasión en que íbamos a darnos un largo y casi inverosímil paseo por el altísimo y desierto altiplano suizo de la Greina, mi colega Augustín Maiseen me dio un folletito en el que figuraban, reproducidas a todo color, las flores protegidas que no debíamos pisar ni cortar, debido no sé si a su escasez o a su diminuta belleza. Entre ellas, figuraban unos pensamientos, a los que los retorromanos llaman flur madrejna, es decir, flor madrastra, del delicado tamaño de las flores amarillas del árnica.

En España, es muy poca la naturaleza virgen que nos queda, y creo muy posible que terminemos por quedarnos sin ninguna; y no por mala voluntad de nadie, sino por una carencia de nuestra cultura o, si se prefiere, de nuestra educación. De lo cual es indicio anecdótico, si no prueba plena, lo que me dijo un día el poeta Arthur Lundkvist —que fue el más firme sostenedor, en el seno de la Academia Sueca, de la candidatura al Premio Nobel de nuestro Vicente Aleixandre— cuando le alabé la belleza y la variedad de especies de los patos que evolucionaban en un pequeño lago a cuya orilla le gustaba llevar de paseo a sus amigos: "Eres uno de los pocos españoles que, al ver a estos animales, no me ha dicho que se podría hacer con ellos un arroz estupendo".

Fotomatón



Un pájaro graciosamente balanceándose sobre un cable de alta tensión. Nadie le explicó jamás la electricidad.

quiera me digné responder a tan viles impertinencias". L.F. Céline, "Voyage...")

No todo malversador es un mal poeta.

Félix, Pumby, Fritz. ¡Cuánto aprendimos de los gatos!

Los abuelos en los parques. Abatimiento. ¿Se reprochan acaso haber vivido demasiado?

Antonio CAVA

—Déjame enfocar tu tercer ojo.

—¿Qué ves? ¿Fisiología? —No, cielo, Astronomía.

Otan/Urss Wotan/Thor Los dioses enfrentados. Se aproxima su crepúsculo.

Mejor dejar sin respuesta las impertinencias.

("¡Si la muy puta se imaginaba que me iba a herir con semejantes pijaditas...! Ni si-

LA MUJER BARBUDA

Dirige: José Antonio Casado

Coordina: Damián Villegas y Amador Palacios

Correspondencia: Redacción de Toledo de La Voz del Tajo, Barrio Rey, 9